



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14190

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 18 DE MARZO DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorente, 14, Rue Rougemont; Mr. J. Joubert, 31, Boulevard des Capucines.

MÁS SOBRE FESTEJOS

Decíamos ayer... que era necesario se pusieran de acuerdo ciertas entidades de las que representan las fuerzas de la población, para que los festejos de este año alcanzaran el mayor grado de esplendor y brillantez posible; y anoche precisamente hablando con el presidente de la Asociación de la Prensa, nos manifestó su propósito de que dicha colectividad coadyuvase á cuantos trabajos se hagan en este sentido.

Y en efecto, nos consta de una manera positiva que la Asociación de la Prensa, que no es como muchos han supuesto una entidad falta de recursos y energías, tiene en estudio un hermoso programa de festejos, cuyo desarrollo, si cuenta con la ayuda y cooperación de otros valiosos elementos, ha de satisfacer el gusto más exigente.

Claro es, que por sí sola, no podrá llevar al terreno de la práctica lo que actualmente es tan sólo un esbozo de proyecto, pero como entendemos nosotros que los comerciantes é industriales de la localidad aportarán también su personal esfuerzo, casi podemos asegurar que este año tendremos en Cartagena festejos que quizá superen á los de años anteriores.

Por lo pronto, ya puede contarse con un ofrecimiento, el de la Asociación de la Prensa. Esperamos que las demás colectividades imiten la iniciativa de ésta y dé por resultado la suma de todas ellas, algo práctico y de positivos resultados.

DÉBILES Y FUERTES

Dice un refrán marítimo que el camarón que se duerme se lo lleva la corriente; y es verdad. Pero distinguido que dijo el otro; y ese distinguido quiere decir que ya no están los tiempos como antes, y no vale el ser diligente, pues despierto ó dormido, el camarón se lo lleva la corriente, sino no tiene la fortuna de hallar quien le supe de la corriente sobre el pavés, como también suele decirse.

No cabe duda, los tiempos han cambiado; el abandonar los antiguos rumbos ha traído grandes perturbaciones sociales y al presente más vale caer en gracia que ser gracioso; y ocurre con las posiciones y las gusguas lo que con los sitios de parada de los tranvías, donde se acumula el público para subir á esos vehículos, y es que cuando estos llegan vienen llenos, y no hay sitio para el que quiere porque los vivos lo han tomado al paso, por donde resulta que los viejos, los niños, las mujeres y, en general aquellos que por debilidad ingenua no pueden subir al carruaje en marcha, se quedan á pie, como se dice del camarón: se lo lleva la corriente, esto es, perdieron la oportunidad de tiempo.

Podría remediarse eso con leyes previsoras y reglamentos justicieros, pero ¿quién los impone? Digamos con Petrarca, el personaje de «La Pasionaria», drama de Leopoldo Cano: «¡Las madres no! esto es, los débiles, no; los camarones, no.

Hay que ser fuertes, estar en disposición de emplear las energías físicas en pro de uno mismo, sin contemplaciones, sin miramientos, con alevosía y ensañamiento, groseramente, dando si viene á mano un codazo, un puntapié ó un empujón al que estor-

ba, al que más débil no puede alcanzar la ventaja ó el beneficio que perseguimos.

¿Que es doloroso, triste, brutal? Conformes; pero es humano aun cuando resulte de diez veces nueve completamente inhumano, salvaje y aun bestial. Las cosas son como son, y el que cree que «per se y no per accidens» le va á caer el maná en la misma boca, sin molestarse, sin atropellar á otros, se lleva un solemne chasco.

Por eso empiezan á espabilarse las gentes, á pensar en cultivar las energías físicas, á mirar con arrobamiento el boxeo, la esgrima, en suma el arte de ejercitar la fuerza, que convierte en gigantes á los enanos, en vigorosos á los enclenques, en hombres á los niños, en marimachos á las pobres mujeres. He ahí, por otra parte la verdadera y más justificada expresión del desarrollo que de día en día va adquiriendo el feminismo.

Los caballeros andantes, los desequilibrados á lo «Don Quijote de la Mancha», pontan la fuerza al servicio de la debilidad. ¡Qué hermoso cooquio el del Caballero de la Triste Figura con el vapuleador de Andresillo! Pero ¡qué crítica tan afligianada del hidalgo proceder de los fuertes al servicio de los débiles, con la despiadada randa de azotes que el rúlico gañán propinó al pobre chico cuando el flamante desfilador de entuertos volvió la espalda, fiando en la palabra «honrada» del desalmado labriego!

Lectores míos: hay que mandar á paseo la caballerosidad y la hidalguía. Eso es lo humano; y si no queréis que la corriente os lleve como al camarón que se duerme, hacéos egoístas, groseros, bestiales, fuertes, en una palabra, tiranos, y calga el que calga aun cuando sea Sansón con todos los filistinos.

He dicho.

ABEL IMART.

De Procesiones

Casi podemos asegurar que es un hecho el que las procesiones se verifiquen.

Anoche se reunieron separadamente ambas cofradías y de esa reunión parece que surgió una idea, cuyo resultado será que las procesiones se fuzcan su marcialidad y brillantez el miércoles y viernes santos.

Esta noche vuelven á reunirse marrajos y californios y no será extraño que después de esta definitiva junta oigamos los hermosos acordes de la marcha de los judíos que será indicio indubitable de que las procesiones se celebren.

Esperemos...

UN PRÓLOGO

«La Novela de Ahora» publica como prólogo á su última novela «Brigida» una carta de su autor D. Carlos Frontaura, que por estar de acuerdo con nuestras ideas transcribimos con gusto.

Sr. D. Rafael Calleja Gutiérrez.

Mi distinguido amigo: Me ha favorecido usted pidiéndome algunas de mis novelas publicadas hace muchos años, y de las que no quedan ejemplares en el comercio de libros, con el propósito de incluirlos en la colección de «La Novela de Ahora».

Correspondiendo á su atención, envío á

usted «Brigida» y de paso diré á usted lo que me ocurre acerca de «La Novela de Ahora».

Esta publicación es un gran acierto editorial, y así el público ha correspondido al esfuerzo del editor por tan extraordinario modo que, seguramente, el éxito superará á los más optimistas cálculos que usted hiciera antes de realizar su pensamiento de ofrecerle libros de buena y abundante lectura con preciosas ilustraciones y con todo el lujo tipográfico moderno á un precio inverosímil por lo reducido.

Propagar la afición á la lectura con tales alicientes es una obra verdaderamente meritoria, y el editor que tal empresa acomete demuestra gran cultura, inteligencia y entusiasmo en su profesión é insuperable desinterés.

La novela «Brigida» que envío á usted no es rigurosamente «la novela de ahora» como usted intitula su colección. Data de muchos años y, en puridad, solamente la recomiendo la absoluta verdad de su acción, toda vez que lo que en sus páginas se refiere no es invención de mi intelecto. Todo sucedió como se cuenta. Si otro autor lo hubiera contado con mejor estilo, seguramente que habría sido «Brigida» una narración interesantísima.

Pertenece este libro á aquella época venturosa, comparada con la presente, del pasado siglo en que eran popularísimos los libros de Fernán Caballero, de gratísima memoria, de Antonio de Trueba, gloria de Vizcaya, genísimo narrador y poeta del pueblo, de Pedro Antonio de Alarcón, excelso novelador de peregrino ingenio, del inimitable Pereda, de Pepe Selgas, de Palacio Valdés, Pichón, Manuel Fernández y González, Enrique Pérez Escrich, el Conde de las Navas, Leopoldo Alas («Clarín»), Ricardo Sepúlveda, Teodoro Guerrero. Por aquel tiempo había ya emprendido su admirable copiosa labor D. Benito Pérez Galdós, de renombre universal, y á quien no se puede negar, aunque no se participe de sus ideas políticas, la posesión de las más relevantes cualidades de escritor sobresaliente.

También en el siglo pasado empezó á fijar la atención del público y de la crítica la sin igual escritora Doña Emilia Pardo Bazán, que en cultura, en imaginación, en buen gusto y en «savoir faire» iguala si no supera, á los más famosos autores de libros interesantes y amenos.

Fué, pues, el pasado siglo una gloria para la novela de ahora y sus cultivadores. Ahora, digámosle francamente, ha descendido mucho el género. Casi me atrevería á decir que se va pervirtiendo, encanallando, aunque sea dura esta frase. El modernismo del peor gusto invade el campo de la novela culta, ingeniosa y honesta, y hemos venido á darnos de bruces contra los desafortunados imitadores de los Goncourt, de Zola y de otros

noveladores de la nación vecina, imitadores en verdad poco felices, como que carecen del talento superior que hay que reconocer en sus modelos, y en el poco tiempo transcurrido del siglo XX se ha echado á la calle una «troupe» de cuentistas y noveladores que no quitan las penas, pero sí las dan muy acerbas á los padres y á los maridos, que á lo mejor se percatan de que se han entrado por las puertas de sus honrados hogares libros abominables que constituyen una grave pérdida, un daño transcendental para la higiene moral de la familia.

Yo, que lo veo todo, he leído esos libros que amenazan el presente siglo, y á las veces leyendo en la prensa grandes elogios y encarecimientos de tales libros, me he preguntado: «¿Habrá leído esto el que tan calurosamente y bajo su firma lo elogia?» «Y he venido á persuadirme de que lo elogia y recomienda sin haberlo leído, y llevado sólo del buen deseo de favorecer y ayudar al autor amigo. Y muy desconsolado me traía esta idea, y lamentábame de que no hubiese un espíritu valiente, recto, franco y sincero que armado de las armas del ingenio y del buen gusto, saliera á defender los fueros de la moral y de la decencia, cerrando justiciero, implacable, contra esas obras de perdición.

Puede usted imaginar, amigo Calleja, qué sorpresa tan grata habrá experimentado, qué satisfacción tan intensa habrá sido la mía, cuando he visto que en la «Correspondencia de España», un escritor cultísimo, un carácter enérgico, independiente, crítico ilustrado, enamorado de la belleza y de la verdad en el arte, y que no tiene nada de espantadizo y timorato, arremete briosamente contra esos libros de la escuela naturalista que sólo, por lo visto, aspiran á realizar la triste obra de excitar la sensualidad y exponer caracteres falsos, torpes, odiosos, mujeres sin pudor, que son excepciones, por dicha, en la sociedad, hombres degenerados, brutales, sin creencias, y mal avenidos con toda ley y con toda honestidad. D. Manuel Bueno es el gran escritor y crítico que ha emprendido labor tan meritoria. Que la prosiga es de desear para honra suya y desagrayo de la moral y las letras igualmente ofendidas.

Bien sé yo que los intrépidos autores de esas obras de principios del siglo XX tildan de anodino, cursi y flojo el género á que pertenecen las novelas que pueden leerse sin escándalo por todos, pero no hay que hacer caso de opinión tan poco digna de respeto. Los libros decentes son útiles en todo tiempo y gozan larga vida. Los de esos señores tienen vida corta y vergonzante, y los mata de un soplo un escritor crítico de tan sólida reputación y tan bueno como don Manuel Bueno.

Si ellos tachan de anodina mi novela «Brigida», sea muy enhorabuena. No teniendo haber hecho una obra maestra, ni me-

di: ni siquiera, que á tanto no llegará nunca mis facultades intelectuales, pero me satisfago con que á ninguna dama le han de salir los colores á la cara, leyendo, y el padre más suspicaz, receloso é intolerante en materia de lecturas en su casa, podrá prohibirla por peligrosa.

Y concluyo reiterando á usted mis plácemes por la publicación de «La Novela de Ahora», y me suscribo de usted afectuoso amigo y servidor q. d. l. m.

Carlos Frontaura

1.º Febrero 1909.

Lo que no confiesan las mujeres

Cualesquiera que sea su edad, su posición, su franqueza, hay once cosas que no confiesan nunca las mujeres. Son las siguientes:

- Que les aprieta el corsé.
- Que llevan el calzado estrecho.
- Que se han aburrido en el baile.
- Que se acicalan con algo más que con polvos de arroz.
- Que emplean demasiado tiempo en vestirse.

Que han hecho esperar á quien las visita.

Que se ponen encarnadas cuando se pronuncia determinado nombre ante ellas.

Que dicen lo que no piensan.

Que no les disgusta un poco de reclamo.

Que han sido ó son coquejas.

Y que no pueden guardar un secreto.

BOLSA DE MADRID

(De nuestro servicio particular.)
IMPRESIONES

Nuestra Bolsa hállase en absoluta incomunicación con la de París, pues á la huelga de telegrafistas en Francia se suma la interrupción del cable de Marsella que nos impide conocer lo que pasa en el mercado francés. Sin embargo, los pocos cambios que de este último se reciben por Barcelona son tan flojos que hacen suponer un agravamiento en la cuestión internacional. La plaza catalana refleja en sus cotizaciones esta mala impresión y nuestro mercado también se deja llevar por ella, en la firmeza relati-

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 256

aulcho, y echando el cuello hacia atrás, apoyó en hermosa cabz: sobre su bello brazo blanco.

Se había preparado con gran lentitud para acostarse y sin embargo tenía impaciencia por estar sola.

Se había formado una especie de soledad encerrándose en el silencio; pero esta soledad no la bastaba; necesitaba el aislamiento.

Se incorporó para seguir los últimos pasos de su camarera, que iba y venía por el cuarto buscándolo in hábito que buscaba quedándose para nos involucrar y al fin, decidiéndose á salir, no dudando que con su salida satisficaría el ardiente deseo de su señora.

La cámara se llevó la lámpara dejando el cuarto en un ergido en ese pálida y fantástica luz que esperaba la lucilla de una mariposa de aceite al través de un globo de alabastro.

Y sin embargo por suave que fuese esta luz, sin duda demasiado viva para los ojos de la joven porque se incorporó por segunda vez, y dando un suspiro de cansancio corrió las cortinas del lecho como una barrera entre ella y lámpara. Los dos tercios inferiores de su cama se encontraban bajo por una onda de luz azulada semejante á un rayo de luna en tercio superior estaba ed la obscuridad.

Toda joven ha tenido quince años, toda joven

LA REINA TOPACIO

233

Dios sólo podía leer lo que había de doler, hoy la hermana Felipa de la Anunciación.

La Anunciación era el convento que acababa de designar D. Carlos á la joven gitana para hacer su noviciado y pronunciar sus votos.

XXII

LA LLAVE

Doña Flor abandonó como á cosa de media noche el balcón del nuevo aposento que ocupaba en la casa de don Alonso de Silva.

Eso aposento era como ya dijimos, el cuarto de doña Mercedes. La ospitalidad había ofrecido el mejor que tenía.

¿Por qué doña Flor dejaba tan tarde el balcón, ¿por qué tan tarde y con mano tan negligente cerraba la ventana? ¿Quién la había recordado ha-